



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13407

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

SABADO 28 DE JULIO DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Moldes viejos

tando, valga la frase, abogados, médicos y boticarios.

Hace cincuenta años se viene estampando la frase «más industriales y menos doctores», como fórmula de redención, y seguimos lo mismo ó peor que entonces.

Ha concluido el periodo legislativo y se ve sin asombro que el arte de hacer leyes continúa indiferente á los progresos políticos y sociales; y los males públicos son cada vez más graves.

Como hace medio siglo tenemos crisis de subsistencias, crisis económica, crisis obrera, crisis social, y en los Parlamentos ya no se entienden los partidos ni los Gobiernos que aspiran mutuamente á disolverse haciendo de la frase «de la discusión sale la luz» una ironía sangrienta.

También ha terminado el año judicial, sin que se vea por ninguna parte el mejoramiento moral de las masas sociales. Aumenta la criminalidad, y la lucha por la existencia determina estos morbosos de incultura y matonismo que evidencian el escaso fruto que el respeto á la propiedad y á la vida ajena se tiene en los desventurados tiempos que corren.

Este año, según dicen los que examinan las estadísticas judiciales, ha habido aumento extraordinario en los delitos llamados de sangre, lo cual quiere decir que el arma blanca y la de fuego han estado más activas que la Cátedra y el Parlamento.

La navaja y el revólver han dado gallarda muestra de sí; en cambio, el libro, mudo y el resumen de leyes nuevas, en blanco, no tienen en su activo ninguna clase de campañas.

Disfrutan las vacaciones del verano los escolares, los legisladores y los magistrados; esto es, los hombres del mañana, los que rigen la gobernación pública y los responsables del orden moral. En cambio se encuentran en plena actividad los elementos de perturbación y criminalidad.

La teoría de que hay que romper los moldes viejos y construir otros nuevos, sigue siendo una frase de estereotipia, supuesto que contra ella cons-

piran las imperiosas vacaciones del estío.

Hay que veranear, aun cuando se opongan á ello el aumento cada vez mayor de analfabetos, el cada vez más deplorable del caciquismo político y el cada día más alarmante de la criminalidad; y se puede decir que sobre la España vieja no pasan días, y que después de medio siglo... «todo está igual, parece que fué ayer».

COMERCIO EXTERIOR

La Gaceta ha publicado la estadística de nuestro comercio exterior durante el mes de Mayo último y los cinco primeros meses del año corriente, en comparación con igual periodo de tiempo de los años de 1904 y 1905.

Nuestra importación total en el mes de Mayo último, sumó 77.793.320 pesetas, con disminución de 5.006.103 pesetas con igual mes de año 1905 y 8.529.797 pesetas más que del propio mes de 1904.

En los cinco primeros meses del año que corre importamos 400.518.718 pesetas; en los del año 1905, 393 millones 291.709, y en los de 1904 349 millones 866.063.

La exportación en el mes de Mayo último alcanzó 66.952.414 pesetas; en 1905 fué de 68.797.929 y en 1904, de 72 millones 840.985.

La exportación total en los cinco primeros meses del año fué de 358 millones 749.542 pesetas en 1906; 331 millones 758.774 pesetas en 1905 y pesetas 362.251.562 en 1904.

Antología de poetas modernos

Tierra ingrata

Por Ricardo Gil.

Mugiendo la sirena, borbotando un humo rojo y negro, con mar gruesa y con cielo amenazante arrancó el trasatlántico del puerto. Como el frío arreciaba, la cubierta abandonaron pronto los viajeros. Declinaba la tarde.

La tierra fué perdiéndose á lo lejos.

Entre la bruma gris, junto á la borda, un grupo numeroso

quedó olvidado, un grupo de emigrantes hacinados allí como un estorbo.

Rendidos por el rudo balanceo, en doliente actitud callaban todos, buscando todavía la ya borracha costa con sus ojos.

Hombres, mujeres, niños recostados en la dura madera, enflaquecidos por el hambre, humildes, con la triste humildad de la miseria, callaban; pero había en sus harapos restos de campesinas opulencias, honradez en sus rostros, y en su silencio un trágico poema.

De repente una voz vibrante y dura exclamó:—¡Tierra ingrata!— y un viejo que por único equipaje tosco saquito junto á sí llevaba, irguióse á medias, y en tensión los brazos las manos por la cólera crispadas, á la invisible costa apostrofó con gesto de amenaza.

—«Tierra ingrata que robas á tus hijos el sudor y la sangre (prosiguió aquella voz que por momentos iba siendo más dura y más vibrante), que nos niegas el pan y nos obligas á llamar con temor á otros hogares... aunque yo no lo haga, ¡Dios te maldice por mala madre!...

En esto allí en la popa un marinero arrió la bandera y el viejo enmudeció. Luego en voz baja con acento impregnado de tristeza dijo á un mancebo:—«Escucha: en el saquito va un puñado de tierra... Júrame que si muero en suelo extraño mis pobres huesos cubrirás con ella.»

Ricardo Gil.

LA MUSICA

En la Revolución Francesa

Origen del Conservatorio de París

Era en 1793. Sarrette, el futuro comisario que debía encargarse de la organización del Conservatorio de París, dirigía á la sazón una escuela de música gratuita, situada en la calle de Saint Joseph; escuela de donde salían los músicos destinados á los catorce ejércitos de la República, y cuyos discípulos debían tomar parte en la celebración de las fiestas nacionales.

Sarrette, que era un verdadero artista y no se metía en política, atravesaba en relativa calma la tormentosa época, cuando por denuncia de un vecino musicófolo, á quien exasperaba tal vecindad, fué detenido.

El acusador aseguraba haber oído á un clarinete tocar el aire sedicioso: «Vive Henry IV!»

Lo que era más que suficiente en aquel feliz tiempo para dar con los huesos de Sarrette en Santa Pelagia.

Allí estuvo el músico tres meses.

Al cabo de ese tiempo, sin que nadie le dijera nada, fue sacado y entre guardias conducido á su escuela de la calle Saint Joseph, en donde supo por sus amigos el poeta Chenier y el músico Gossac que se le sacaba para proceder á la ejecución de un himno que acababan de componer con motivo de la fiesta del Ser Supremo, de lo cual ellos se felicitaban, porque así, en contacto con las autoridades, podría fácilmente justificarse Sarrette.

Este adquirió fundadas esperanzas. Avisaronle de que el Comité de Salvación pública le esperaba. Presentóse conmovido.

La recepción que este areópago le hizo, no fué de las más tranquilizadoras.

—Ciudadano—dijole Robespierre—es preciso que dentro de tres días, en la fiesta de las Tullerías y del Campo de Marte, se cante un himno en honor del Ser Supremo.

—Ya lo sé—dijo Sarrette,—y he aquí el himno que ha sido compuesto.

Robespierre cogió el manuscrito que Sarrette le alargaba y leyó los versos; pero al ver la firma su rostro se contrajo.

—¿Cómo!—exclamó furioso—¿Se va á buscar á un girondino, á un amigo de Condorcet, á un Chenier para cantar uno de los grandes actos de la República! ¿Quién se ha atrevido á hacer tal elección?

—Ciudadano—repuso Sarrette, no muy tranquilo—yo estoy preso, y por este motivo no soy quien ha podido escoger ni designar poeta alguno. Traigo lo que me han dado.

—Escucha entonces—añadió Robespierre serenándose,—vas á buscar otro rimador. Me enseñarás su obra y dentro de tres días se ejecutará.

—¡Tres días! ¿Cómo quieres, ciuda-

No sé qué tiempo había pasado cuando algo como el ala vibrante de un ave vino á rozar mi frente. Miré hacia los bosques inmediatos para seguirla; era un ave negra.

Mi cuarto estaba frío; las rosas de mi ventana temblaban como si temiesen abandonadas á los rigores del viento de invierno: el florero contenía ya marchitos y desmayados, los lirios que en la mañana había colocado en el Mar. En esto una ráfaga de viento apagó la lámpara, y un trueno de jé oír por largo rato su creciente retumbo, como si fuese un carro gigante despeñado de las cumbres acogiosas de las sierras.

En medio de aquella naturaleza sollozante, mi alma tenía una triste serenidad.

Acababa de dar las doce el reloj del salón. Sentí pasos cerca de mi puerta y muy luego la voz de mi padre que me llamaba: «Levántate», me dijo tan pronto como le respondí: «¿Mañana sigue mal?»

El acceso había repetido. Después de un cuarto de hora estaba yo apercibido para marchar. Mi padre me hacía las últimas indicaciones sobre los nuevos síntomas de la enfermedad, mientras el negrito Juan Angel quietaba al caballo retinto, impaciente y asustadizo. Monté, sus pescos horcados erujieron sobre el empedrado, y un ins-

«Hasta mañana», me dijo, y acentuó esta última palabra como solía hacerlo siempre que, interrumpida nuestra conversación en alguna vezada, quedaba deseando el día siguiente para que la concluyésemos.

Cuando salí al corredor que conducía á mi cuarto, un elerzo impetuoso columpiaba los saucos del patio; y al acercarme al huerto le oí rasgar en los sotos de naranjos, de donde se lanzaban las aves asustadas. Relámpagos débiles, semejantes al reflejo instantáneo de un broquel herido por el resplandor de una hoguera, parecían querer iluminar el fondo tenebroso del valle.

Recostado en una de las columnas del corredor, sin sentir la lluvia que me azotaba las sienes, pensaba en la enfermedad de María, sobre la cual había renunciado á verla, como en las noches silenciosas y serenas que acaso no volverían ya más.

Parados tres días, una tarde que bajaba yo de la montaña, me pareció notar alguna alarma en los semblantes de los criados con quienes tropecé en los corredores interiores. Mi hermana me reñió luego que María había sufrido un ataque nervioso, y al agregar que estaba aún sin sentido, procuró calmar cuanto le fué posible mi dolorosa ansiedad.

Olvidado de toda precaución, entré á la alcoba donde estaba María, y dominado el frenesí que me hubiera hecho estrecharla contra mi corazón para volverla á la vida, me acerqué desconcertado á su lecho. A los pies de éste me hallaba sentado mi padre: fijó en mí una mirada de las intensas, y volviéndola después sobre María, parecía desear hacer una reconvencción al mostrármela. Mi madre estaba allí; pero no levantó la vista para buscarme, porque, sabedora de mi amor, me compadecía, como